

aparentes que los unian todavía á la Iglesia, el vasto imperio de Méjico, rodeado de mares inmensos que la águila romana jamás habia atravesado, se abrió á las armas del Emperador cristiano, y al reinado mas feliz de Jesucristo (1). En medio de las gavillas salvages y aisladas de la América, en una tierra muy sana y fértil, así en granos como en oro, se habia formado en menos de ciento treinta años, segun las relaciones españolas, un estado poderoso, cuya longitud de norte á mediodia era de quinientas á seiscientas leguas, la latitud de unas doscientas, y la poblacion tan considerable que ascendian sus egércitos á mas de quinientos mil combatientes. Los españoles esparcidos ya, primero en la grande isla de Santo Domingo, y despues en la de Cuba, mas grande y rica todavía, adquirieron las primeras noticias de esta nacion numerosa al tiempo de ir á probar nuevas aventuras en el rio de Tabasco, bajo la direccion de Juan de Grijalva. Pero Grijalva, aunque valeroso é inteligente, no tenia ni grandeza en sus designios, ni firmeza de alma, como eran menester para seguir la carrera que se le presentaba. Todo el uso que hizo de la fortuna que le brindaba con sus favores, no atreviéndose á interpretar por sí los términos de su comision, fue dirigir la noticia de su descubrimiento al gobernador de Cuba Diego Velazquez, quien desaprobó las nimiedades de esta subordinacion inoportuna.

Era preciso para esta espedicion un gefe del todo diverso, y uno de aquellos hombres raros que son el

(1) *Conq. de Méj. por D. Antonio de Solís.*

único fenómeno de una série de siglos. Despues de algunas deliberaciones sobre muchos concurrentes, recayó la eleccion, por uno de aquellos decretos supremos que deciden de la suerte de los imperios, en Fernando ó Hernan Cortés, nacido de familia noble y antigua en Medellin, ciudad de Estremadura: tenia un alma elevada y llena de energia, de un valor y actividad á prueba de todos los trabajos y peligros, de una constancia que adquiria nueva consistencia en los obstáculos; pero sin obstinacion y sin temeridad, no abandonando á la suerte lo que era del resorte de la prudencia, á la cual suplía entonces aquel instinto marcial que es todavía una guia mas segura. Tomaba siempre consejo, y nunca se empeñó en hacer prevalecer su dictámen, sino porque realmente era el mas acertado. Finalmente, era de un carácter suave, franco, afable, de una generosidad que cautivaba la confianza y le encadenaba todos los corazones, festivo y placentero en el trato ordinario de la vida, insinuante y persuasivo en las conferencias y negociaciones, fecundo en medios, y pronto en hallar recursos; en fin, lleno de honor, de probidad, de rectitud, y aun mas de fe y de religion. Cortés fue en una palabra todo lo que debia ser el héroe destinado á fundar y á cimentar el doble imperio de una nueva España, y de una nueva iglesia en el Nuevo-mundo. Por viva que fuese su passion á la gloria, jamás al parecer se debilitó en él por la sed del oro tan contagiosa en su tiempo, y manifestó todavía mucho mas ardor por el establecimiento del reino de Jesucristo.

Solo se halla un vicio reprehensible en su empresa: vicio del espíritu y no del corazón, defecto de su siglo mas bien que de su persona. Los Príncipes de la Europa, y particularmente los de España, estaban persuadidos de que podian invadir las tierras de los infieles sin quebrantar el derecho de gentes, con tal que estableciesen en ellas las leyes del cristianismo; y el Papa Alejandro VI, repartiéndoles bajo esta condicion las islas orientales y occidentales, no les habia dejado la menor duda en que el celo de la fe formaba un título de justicia. Tal fue la máxima fundamental de la conducta de Cortés, á que se añadió el horror de las tiranías execrables de Méjico, en donde la naturaleza humana se hallaba en la degradacion mas injuriosa. La causa de la naturaleza y de su Autor, de Dios Criador y Padre de todos los hombres, fue la que Cortés pretendió vengar, porque los vió sacrificados como brutos, y aun peor que éstos, sobre los altares de los demonios: divinidades homicidas que en plena libertad se complacian de embriagarse con sangre humana, y que en las tinieblas de una supersticion, reinaban casi tan absolutamente como en las del infierno.

Antes de penetrar en la ciudad de Méjico, fue Cortés mil veces testigo de estos horribles sacrificios: luego que se hubo apoderado de aquella capital, descubrió en lugares subterráneos enormes montones de cadáveres de hombres, de mugeres, de niños arrancados del seno de sus madres, de cabezas acumuladas hasta las bóvedas. Muchos presentaban todavía en su

figura espantosa y en la contraccion de sus miembros, las convulsiones de la desesperacion con que habian espirado. El modo ordinario de hacerles morir, era estenderlos en tierra, tan fuertemente atados y sujetos, que casi los tenian sin aliento, mientras que les abrian el pecho para arrancar su corazón, y presentarle palpitando al ídolo colocado sobre su trono en frente de la víctima. Los idólatras estaban persuadidos á que nada le era tan grato como las convulsiones de la muerte y los gritos de la desesperacion.

Para no perder un momento el enemigo del género humano sin este cruel placer, habia en el templo muchos troncos de árboles en fila, bastante inmediatos unos de otros, y traspasados de gran número de agujas de hierro, en las cuales estaban metidas por las sienas una multitud innumerable de cabezas humanas. Cuando éstas se secaban, tenian cuidado los sacrificadores de substituir otras frescas, de modo que el número estuviese siempre completo. Horrible espectáculo, que contemplaban aquellos idólatras sin remordimiento por haberse transformado la inhumanidad en devocion, y haber sofocado la costumbre de la supersticion hasta los sentimientos elementales de la naturaleza. La sola entrada del templo, en cuya portada colgaban por trofeos haces de serpientes, excitaba el horror y el espanto. Por lo demás, los mejicanos habian apurado toda la magnificencia de su arquitectura en este templo principal, dedicado al Dios de la guerra, y tan espacioso, que danzaban en

él comodamente de ocho á diez mil idólatras en sus fiestas. En el centro del edificio se elevaba una pirámide prodigiosa que escedía en altura á todas las torres de la ciudad; y terminaba, no obstante las justas proporciones de disminucion, en una plataforma de cuarenta pies en cuadro. Habia otros siete templos, casi de la misma anchura, en la sola ciudad de Méjico; y hasta dos mil de un órden inferior. Apenas se hallaba una calle que no tuviese adoratorio, y su dios tutelar. Lo mismo sucedía á proporcion con respecto á las observancias y barbaries idolátricas en el resto del imperio. Se calcula que esta carnicería sacrilega costaba anualmente la vida á mas de veinte mil personas; á lo que añadian toda la brutalidad de la antropofagía. Las carnes de aquellas espantosas víctimas se repartian entre todos los devotos idólatras que se creían santificados por unos escesos desconocidos aun de las bestias feroces.

Trasportado Cortés fuera de sí mismo, se sentía animado de una fuerza mas que humana, cuando se miraba como el instrumento escogido del cielo para romper el yugo del infierno, y restablecer á sus esclavos en la libertad de hijos de Dios. Quinientos hombres de á pie, con unos veinte de á caballo, le parecieron un egército suficiente para dar principio á esta empresa. Su tropa adquirió á lo mas un aumento doble en lo sucesivo, parte con los refuerzos que recibió de España, y parte por medio de la victoria que consiguió de los soldados que Velazquez, envidioso de su propia obra, envió para arrancarle la gloria que

él hizo brillar primero á sus ojos. Pues este hombre grande tuvo que luchar á un tiempo contra una multitud innumerable de bárbaros, y contra sus compatriotas aguerridos, que espusieron su constancia, así como su valor y talento, á las mas duras pruebas. Pero convencido en todas partes de la verdad de una mision, que la firmeza de su valor le confirmaba sin cesar, no vió en la multiplicacion de obstáculos mas que un acrescentamiento de esplendor para su corona.

Partió de la Habana por el mes de Febrero de 1519, y fue á desembarcar cerca de la costa oriental de Méjico, en la isla de Cozumel, donde hizo recomendable el nombre español por las pruebas de humanidad y beneficencia que dió á aquellos insulares, que eran muy humanos, y cuya voluntad se aseguró sólidamente. Habia hecho comprender á sus tropas cuánto importaba al bien del estado y de la Religion, cuyos intereses se proponian sostener, el adquirirse una buena reputacion desde el principio de su carrera. Su religion fue bien pronto afligida por el espectáculo de las mas deplorables supersticiones; mas él para contenerlas solo se valió de la misma bondad natural de aquellos idólatras, y del afecto que se habia conciliado de ellos por medio de su dulzura y de su buena conducta. Habia en Cozumel un ídolo célebre, del mismo nombre que la isla, cuya veneracion se estendia hasta lo interior de aquel continente, de donde atraía continuamente concursos numerosos de peregrinos de todas lenguas y provincias. Por esto

los insulares, acostumbrados al comercio de los extranjeros, se admiraron menos que otros de la llegada de los españoles. Un día en que era mas numeroso el concurso de estos peregrinos, y en que un sacerdote del ídolo predicaba en pie en medio de la multitud, exaltando mucho su poder, se acercó Cortés al Príncipe ó cacique, y le dijo, que para mantener la sincera amistad que entre sí habian contraido, era necesario que tuviesen una misma religion, que es el único vínculo duradero de los corazones; y llamándole aparte con su intérprete, le representó lo mejor que pudo lo absurdo de la idolatría y la verdad del cristianismo. El cacique tenia un juicio sano, y habia llegado para él el momento del Señor: fue arrebatado de admiracion, y manifestó conocer á lo menos el engaño en que hasta entonces habia vivido. Quiso, sin embargo, conferenciar con los principales de la nacion, y particularmente con los sacerdotes, á quienes por un efecto de su rectitud natural dejaba la autoridad suprema en materia de religion.

Consternados los sacerdotes á la sola propuesta de abandonar sus dioses, protestaron en nombre del cielo, que si alguno, cualquiera que fuese, se atrevia á cometer el mas leve atentado contra su culto, experimentaria inmediatamente el castigo mas terrible. Reconociendo Cortés que el triunfo de la fe no tenia contra sí otro obstáculo que un vano terror, descubrió su determinacion á sus soldados acostumbrados á leerla en su frente: al momento se arrojaron contra el ídolo, y le precipitaron del altar hecho

pedazos. El primer objeto de admiracion para los idólatras fue esta misma destruccion que reputaban imposible. Mas despues de algunos momentos, cuando vieron el cielo sin rayos, y sus dioses sin venganza, su temor se convirtió en desprecio, y empezaron á avergonzarse de haber prodigado sus adoraciones á unos dioses tan débiles. De esta manera pudieron penetrar las luces de la fe en el corazon de aquel buen pueblo, del que la mayor parte se convirtió en poco tiempo. Aficionáronse tanto al cristianismo, que ha subsistido despues en esta isla, aunque los naturales del pais han permanecido dueños de ella. Entretanto los cristianos, divididos en varios cuerpos, derribaron todos los templos, cuyo número era grande. Sobre las ruinas del principal y de sus escombros construyeron prontamente una capilla, en la que colocaron una imágen de la Santísima Virgen, y pusieron una grande cruz á la entrada. Luego que se concluyó la capilla, uno de los dos sacerdotes que acompañaban á Cortés en su espedicion, celebró en ella la misa, á la cual asistieron el cacique y gran número de indios, confundidos con los españoles, con una reverencia que les inspiraba, así la virtud de los divinos misterios, como la admiracion natural de nuestras augustas ceremonias.

Cortés mostró la misma religion en todas las ocasiones. Si hacia alianza con una nacion, manifestaba mas ardor en hacerla abrazar el Evangelio, que en sujetarla á las leyes de España. Si reducía alguna otra por la fuerza de las armas, los trofeos mas gloriosos

que creía poder erigir, eran según la importancia de la victoria, una iglesia ó una capilla que edificaba en el campo de batalla. Este espíritu fue el que le hizo construir en Tabasco, adonde fue desde Cozumel, una iglesia, bajo la invocación de nuestra Señora de la Victoria, después de haber tomado á viva fuerza aquella ciudad ó población, fortificada según acostumbraban los indios, y de haberlos derrotado en batalla campal en número de cuarenta mil, con el puñado de gente que había traído de Cuba, y sin haber recibido todavía algún refuerzo (1). Hazaña que parecería fabulosa, si no se observase que ésta fue la primera batalla dada por los europeos en aquellos países remotos, donde la mosquetería, el cañon, y sobre todo los combatientes de á caballo, que aquellos bárbaros tenían por divinidades semejantes á los centauros de la mitología, desconcertaron todo su valor, y la grande constancia con que volvieron repetidas veces al combate.

Luego que el tiempo y las ocasiones pudieron convencerlos de que los españoles no eran dioses, ó que la vida de estos dioses no estaba á la prueba de las flechas, de la honda y de la maza, Cortés, dotado de talentos propios á todas las situaciones, no aventuraba nada al valor sin el concurso de la mas sabia política. Empezó por fundar un nuevo establecimiento independiente del gobernador de Cuba, y bajo la obediencia inmediata del Rey de España. La silla de este nuevo gobierno fue llamada Villa-rica, á causa

(1) *Sol. l. 1. c. 19.*

del oro que abunda en aquel país, y se le añadió el nombre de Vera-Cruz por haber saltado en ella á tierra el viernes santo. Luego que se eligieron oficiales públicos, hizo Cortés dimisión del poder que le había sido confiado y revocado por Velazquez. Después fue electo por aquellos magistrados, en nombre de toda la colonia, para gobernar bajo la sola autoridad del Rey. Esta ceremonia, no obstante su irregularidad, sorprendió á los españoles de su comitiva, y aun parece que le hizo mas venerable á los indios; por lo menos en estas circunstancias buscó su amistad el Príncipe de Zempoala, jefe de una nación respetada por sus vecinos. Dejó Cortés el cuidado de justificar su conducta en España á sus futuros sucesos, pero hizo inmediatamente alianza con esta importante nación, limítrofe y grande enemiga de los megicanos, de los cuales sufría frecuentes insultos. Tales fueron los primeros auxiliares que procuró adquirir; y apenas hubo ganado su amistad, quemó sus buques para poner á sus soldados en la necesidad de vencer ó morir.

No había logrado, sin embargo, atraer á los de Zempoala al cristianismo. Todo lo que pudo ganar al principio sobre sus ánimos, después de haber destruido un ídolo, al cual acababan de sacrificar un hombre, fue hacerles conocer, como á los habitantes de Cozumel, que se insultaba impunemente á sus frágiles divinidades, y que los cristianos eran mas poderosos que los dioses de la India, pues disponían sin peligro y á su arbitrio de su suerte. Contentóse

por entonces con escitar en ellos las luces de la razon, y preparar el camino á las operaciones de la gracia, removiendo los obstáculos que debilitaban sus impresiones. En lugar del ídolo destruido se erigió un altar, y colocaron en él una imágen de la Virgen, despues de haber purificado el templo, en el cual se esmeraron particularmente en borrar las manchas de sangre humana que miraban los idólatras como los mas santos adornos (1). No se debe pasar aquí en silencio la resolucion piadosa y magnánima de un soldado encanecido en la milicia, llamado Juan de Torres, natural de Córdoba. Habiéndose inhabilitado para las marchas forzadas y demás trabajos de una espedicion tan penosa, se ofreció á quedar solo en medio de los de Zempoala, nacion medio sometida, para consagrar en ella su vejez á promover el culto de la santa imágen que quedaba, y el respeto del lugar santo en que estaba espuesta: accion digna igualmente de un héroe y de un cristiano; pues que resplandeció en ella no menos intrepidez que religion.

El espíritu de fe habia pasado del general á todo su egército, y muchas veces los dos misioneros que le acompañaban, creyeron deber oponerse al ardor demasiado impetuoso de su celo. Así pues el padre Bartolomé de Olmedo, de la órden de la merced, impidió derribar los ídolos de Tlascala, como lo habian practicado con los de Zempoala. A mas de la imprudencia de semejante proceder en esta poderosa

(1) *Sol. I. 2. c. 12.*

y altiva república, representó que la violencia no era menos contraria al Evangelio que á la política: que podria muy bien esterminar los ídolos de los templos, mas no arrancarlos de los corazones: que el establecimiento del Evangelio era obra de la persuasion, de la dulzura y de la paciencia; y que para hacer cesar el error era un medio muy malo hacer odiosa la verdad. Siguiéron estas sábias máximas en Tlascala, y la série de sucesos nos va á manifestar sus felices resultados. A la alianza de esta república debieron principalmente los españoles la conquista de Méjico.

Los tlascaltecas belicosos y muy celosos de su libertad, y sobre todo de no caer bajo el dominio de los megicanos, eran mas respetables por su carácter lleno de energía, que por la estension del pais que habitaban, el cual no tenia mas que cincuenta leguas en circuito: pais montuoso y de difícil entrada, cubierto de fortalezas, construidas sobre la cima de las montañas, y con valles fertilísimos: era tan sano y poblado, que tenian continuamente en pie un egército de cuarenta mil hombres. En caso de necesidad podian juntar un número mucho mas considerable por medio de las alianzas que habian contraido con la mayor parte de sus vecinos, en perjuicio de los mismos Emperadores de Méjico, de cuya devocion habian separado provincias y naciones enteras. Habia mucho tiempo que estaban en guerra continua con estos déspotas formidables; y se hallaban entonces en el mas alto grado de su poder, por quanto las